



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
revistaaffectiosocietatis@udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
Colombia

Tipo de documento: Clásico del Psicoanálisis

2025
Smiley Blanton
Diario de mi análisis con Freud
Revista Affectio Societatis, Vol. 22, N.° 42, enero-junio de 2025
Clásico (pp. 1-24)
Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

CLÁSICO DEL PSICOANÁLISIS



DIARIO DE MI ANÁLISIS CON FREUD¹

Smiley Blanton²

<https://doi.org/10.17533/udea.affs.v22n42a09>

Prefacio

A la muerte de mi esposo —el doctor Smiley Blanton—, en octubre de 1966, a los ochenta y cuatro años, encontré entre sus manuscritos, un diario de su análisis con Sigmund Freud. El diario consistía en alrededor de ciento veinte páginas escritas a máquina. Cubría el periodo inicial de su análisis en Viena, desde septiembre de 1929 a junio de 1930, y dos periodos subsiguientes, de cerca de dos semanas cada uno, que se desarrollaron durante los veranos de 1935, 1937 y 1938. Las páginas escritas a mano eran copia de las anotaciones originales apuntadas en agendas de tapas duras, día por día, a medida que avanzaba el análisis.

En ese entonces, Freud solo aceptaba pacientes cuyo proyecto fuese convertirse en analistas profesionales. Por lo tanto, desde el comienzo, el propósito del diario no era efectuar un registro detallado de la historia de un caso clínico. Por el contrario, las anotaciones consistían en acontecimientos destacables e incidentes notables, seleccionados de la hora analítica, y se proponían servir de base a una monografía sobre el método de Freud para conducir un análisis. Freud conocía estas anotaciones y no puso objeción alguna respecto del uso futuro que mi esposo pudiera hacer de ellas. En esas cuestiones, Freud sostenía que todo indivi-

1 Nota del editor: lo aquí reproducido corresponde a un fragmento del libro: Blanton, S. (1974). *Diario de mi análisis con Freud*. Ediciones Corregidor.

2 Nota del editor: Smiley Blanton (1882-1966), psiquiatra y psicoanalista norteamericano, fue paciente de Freud desde 1929 hasta 1938; el presente libro es un testimonio poco conocido del trabajo de Freud como analista. Blanton fue un pionero en el análisis de niños en América, enseñó en la Universidad de Minneapolis y centró su práctica psicoanalítica en Nueva York.

duo era completamente libre para escribir como quisiera sus experiencias personales, incluso acerca del análisis.

En consecuencia, el plan de mi esposo era agregar datos pasados, notas explicatorias, y donde fuese necesario comentarios psicoanalíticos, que hicieran del diario un amplio documento histórico de interés tanto general como científico.

Al parecer, en realidad nunca llegó a escribir este material suplementario. Por cierto: el pesado horario de trabajo de un analista profesional, deja poco tiempo para otros compromisos de naturaleza extensa. Pero mi esposo utilizó su tiempo libre en escribir una media docena de libros, solo o en colaboración, así como numerosos artículos y monografías, aunque fue difiriendo año tras año su trabajo en el diario. Es posible que no haya habido tiempo para todo lo que planeo escribir o tal vez, que las demoras se debieran a una duda natural acerca de la inclusión —aunque fuese mínima— de la historia íntima personal que apenas puede eludirse mencionar en un trabajo de este tipo.

El plan de escritura de Smiley, cuando lo discutí conmigo, era, en primer lugar, una descripción de su primera impresión del profesor, más o menos cada vez, en la medida que sentía esa impresión como la más fresca; a continuación, aquello que decían y hacían cuando se encontraban; luego, cualquier polémica sobre la didáctica del análisis a seguir. Después de eso, el material onírico y el trabajo analítico sobre el mismo.

Pero en el manuscrito, tal como lo encontré, esta última parte era muy rudimentaria. Cuando aparecía el material sobre los sueños, con frecuencia era muy breve y simplemente seguido por las palabras “y así siguiendo”. La discusión de este material era la parte de su trabajo que estaba guardando para un día futuro en que pudiera escrutar su fantástica memoria en forma deliberada. Por supuesto, una parte estaba en el manuscrito, pero tuvo que ser cortado por mí en forma arbitraria, porque sentí que ese material íntimo, a menos que estuviera plenamente explicado, solo podía conducir a falsas conclusiones.

En todo caso, el manuscrito que dejó, era el núcleo esencial del trabajo terminado que se escribiría alrededor del mismo. Y aunque reconocidamente incompleto, sigue siendo un documento tal vez único en la literatura psicoanalítica, ya que proporciona lo que podría describirse como una serie de instantáneas, que muestran a Freud en acción, por así decirlo, en el rol de un analista con un analizado.

No conozco ningún trabajo publicado que intente describir a Freud en este aspecto particular, por esa razón creo que este diario, aunque constituye una versión incompleta de aquello que mi esposo intentó que fuese, tiene un valor científico e histórico que merece publicarse en su presente forma.

Resulta obvio decir que Smiley, cuando quiso convertirse en analista, aspiró a entrenarse con Freud, y palabras como “el padre del análisis” se le aplicaban adecuadamente.

Smiley había leído los libros de Freud con gran avidez, a medida que salían, y había sido muy criticado por los sabios indiferentes por creer que Freud sabía lo que decía.

Existía también otro elemento en su afán por trabajar con Freud: Smiley era una persona con un mínimo de prejuicio, y sentía que allí tenía una oportunidad para obtener de un judío superior, aspectos de nuestra cultura judeo-cristiana.

Desde época temprana, Smiley era un lector veloz y empecinado, de manera que cuando su lectura del domingo era limitada por la familia presbiterana de la Biblia y a Shakespeare, él, de manera alguna, perdía. Empezó la lectura de la Biblia de principio al fin, dos veces. A Shakespeare, no sólo lo leyó, sino que también lo memorizó.

En el proceso de estudio de la Biblia, se formó tempranamente sus propias convicciones religiosas, que, hasta el fin, experimentaron pocos cambios. No le importaba, ni podía ser persuadido de aceptar ningún credo rígido creado por el hombre. Su creencia estaba fundada en la básica convicción de la igualdad de los hombres. Y hasta el fin, esto penetraba todo su pensamiento. Pensaba que el prejuicio

contra los judíos era tanto “medieval” como “vulgar” y, por parte de un seguidor de Jesús, impensable.

Una cierta similitud y una cierta diferencia entre el profesor (así se lo llamaba casi universalmente) y mi esposo, resultan interesantes y podrían iluminar en cierta medida la relación entre ambos.

El profesor fue criado en el apogeo de la dominación de Viena sobre el mundo social y científico. Carruajes tirados por caballos maravillosamente selectos y decorados, poblados con emperadores y miembros reales, deben haber sido visiones comunes para él. Él debe haber tenido que bajar del pavimento más de una vez para dejar pasar a estos pavos reales. Y siendo un miembro de una minoría racial, debe haber sido conciente de tal necesidad.

Smiley, por su parte, fue criado en el viejo Sur, poco después de que éste sufriera la derrota devastadora de la Guerra Civil, pero con la ventaja de ser miembro de la raza dominante.

Y sin embargo, en muchos aspectos, esta educación era similar. Smiley pertenecía a una familia presbiterana muy rígida, cuyas ideas acerca del comportamiento correcto regían y limitaban a una persona en casi todas las direcciones. En cuestiones prácticas, las vidas de estos dos hombres eran sorprendentemente diferentes. El “carruaje del emperador” de Smiley era un coche bien lustrado que subía las rocosas carreteras de Tennessee. Su aristocracia fue Lee y Jackson. Las condecoraciones que usaban sus héroes eran las mangas vacías y las piernas de palo de los viejos soldados.

Sus pasados eran tan distintos, que uno podría sentirse tentado de pensar que estaban demasiado lejos uno del otro. Pero sus raíces asociativas se hallaban profundamente, en el mismo material, y sus lugares de encuentro eran más amplios que sus divisiones, porque ambos aún tenían a Shakespeare y a la Biblia.

A fines de 1927, Smiley abandonó la Universidad de Minnesota en Minneapolis, donde había organizado el primer centro de orientación infantil de los Estados Unidos, vinculado a las escuelas públicas

de la ciudad, para ocupar su nuevo puesto en el Colegio Superior de Vassar en Poughkeepsie, Nueva York. Había sido invitado para organizar y dirigir la escuela para niños, propuesta para la cual se había erigido un nuevo edificio, y para dar cursos sobre orientación infantil en la escuela.

En Vassar, construimos una casa para nosotros en la creencia de que este sería nuestro lugar permanente. Sin embargo, en 1929, la situación que se había desarrollado en la escuela no permitió que Smiley realizara sus planes originales, especialmente en cuanto a la enseñanza. Por lo tanto, sintió que debía operarse un cambio en su carrera profesional, y decidió que quería establecerse en la ciudad de Nueva York, donde iniciaría una práctica privada como psicoanalista. Había trabajado en psiquiatría en Johns Hopkins, bajo la dirección del Dr. Adolph Meyer y luego recibió su diploma en neurología y medicina psicológica de la Real Escuela Superior de Médicos y Cirujanos de Londres. Ahora, tenía la esperanza de obtener la preparación adicional necesaria, yendo a Europa a estudiar con Freud, si esto podía arreglarse.

Afortunadamente, con la ayuda generosa del Dr. George Amsden, que era el segundo a cargo del Hospital Bloomingdale mientras estábamos en Vassar, Smiley pudo poner su plan en funcionamiento. El Dr. Amsden y su esposa habían sido nuestros amigos desde los días pasados en Johns Hopkins, y cuando supimos que el Dr. Amsden iba a Budapest a estudiar con el Dr. Sandor Ferenczi, uno de los colegas más cercanos y antiguos de Freud, le pedimos que nos ayudara a obtener la aceptación de Freud para analizar a Smiley.

El Dr. Amsden se ocupó él mismo en nombre de Smiley. Se obtuvieron las necesarias cartas de recomendación y, finalmente, Freud escribió para decir que podía arreglar para que Smiley comenzara su análisis a comienzos de septiembre. Otro norteamericano, el Dr. McCord, finalizaba su análisis en ese momento, y dejaba la hora libre en el horario de Freud.

Se había obtenido un permiso por un año de ausencia con Vassar, y a fines del verano de 1929, tomamos un barco que tardaba diez

días en llegar a Londres. De allí fuimos a París, mientras Smiley iba directamente a Berchtesgaden, donde Freud pasaba el verano, y comenzó el curso de preparación para su nuevo trabajo. Más tarde nos reencontramos en Viena.

Es mi esperanza que este libro sea también de especial interés como una perspectiva personal del observador sobre el gran fundador del psicoanálisis en los últimos años de su vida.

He agregado notas introductorias y explicativas para familiarizar al lector —donde parecía necesario— con acontecimientos pasados y circunstancias de ese momento del análisis. No intentan de manera alguna, tomar el lugar de las notas y comentarios psicoanalíticos personales que mi esposo proyectó escribir. Están dadas, simplemente, como un marco de referencia para ayudar a situar el diario en una perspectiva histórica.

Margaret Gray Blanton
Nashville, Tennessee.

Introducción

¿Cómo era ser paciente de Freud, el analizado del creador del psicoanálisis? La pregunta resulta aún más enigmática si se tiene en cuenta que está dirigida a un paciente que es él mismo psiquiatra.

Freud tuvo una larga carrera profesional. Trató pacientes, literalmente, hasta el momento de su invalidez final y muerte. Sus pacientes fueron numerosos, pero pocos son los informes de pacientes en tratamiento con Freud.

En cierta medida, esto resulta comprensible. El paciente, profundamente involucrado en su propia terapia, está en una posición en la que difícilmente puede distanciarse y observar críticamente el proceso de tratamiento. Ni tampoco puede estudiar objetivamente al analista, con quien está comprometido en una interacción emocional.

Freud se oponía (no prohibía) a la presencia de público, así como también a las revelaciones privadas de lo que sucedía durante la hora analítica. No es que Freud quisiera mantenerlo secreto, sino más bien, que no había una tercera persona —a menos que pudiera estar informado acerca de todo lo que sucedía en las interacciones entre el analizado y el analista, lo cual era sin duda absolutamente imposible— que pudiera apreciar y entender lo que sucedía en realidad, fáctica y dinámicamente. Freud expuso en forma adecuada, en libros y artículos, los procesos del psicoanálisis, citando casos específicos, pero esta constituía la historia del terapeuta, no la del paciente. En los últimos años, algunos ex pacientes aventurados, en su mayoría publicistas profesionales, han escrito sus análisis. Algunas de sus narraciones son interesantes para leer, pero, en efecto, rara vez son más que caricaturas o algo así como reseñas novelescas de sus experiencias terapéuticas.

Pero ¿qué ha pasado con el analizado psiquiátrico? Sólo unos pocos escribieron sobre su experiencia con Freud, y como era de esperarse, cuentan más de Freud como persona que de Freud como terapeuta, menos de sus historias como caso y más de la impresión que Freud les causó. Al leer tales “revelaciones” —digamos por ejemplo la de Adolf Stern, Roy Grinker, y, para agregar una curiosa, la de Joseph Wortis— uno se sorprende por el hecho de que, como podía esperarse, lo que se observaba dependía de la personalidad y el carácter del observador. Tales “revelaciones”, sin embargo, no se suman a una descripción paradójica, sino más bien a una descripción en profundidad de la compleja personalidad de Freud. Es a esta descripción a la que el *Diario de mi análisis con Sigmund Freud* de Smiley Blanton, aporta una única y preciosa contribución. Para el mismo Blanton era única y preciosa. Más de treinta años de mi vinculación íntima con Smiley, me convencieron de esto.

Conocí a Smiley a fines del veinte. En ese entonces yo estaba a cargo de un curso en la Universidad de Nueva York, sobre problemas de conducta en niños. Me hacía gran falta un libro de texto apropiado, y en mi búsqueda, encontré el trabajo recientemente publicado por Smiley y Margaret Blanton, cuyo nombre era *Orientación para niños*. Me sentí impresionado por el libro y lo adopté como texto.

En ese entonces, Smiley estaba trabajando y enseñando en Vassar. Poco después, supe que había abandonado Vassar y que estaba viviendo en la ciudad de Nueva York. Lo invité a una charla con mi grupo de alumnos, y él lo hizo con gusto. En este, nuestro primer encuentro, yo me sentí muy atraído por el hombre. No sólo era una persona bien informada, reflexiva y original, sino también transparentemente sincera y agradable. Poseía un humor juguetón, que podía poner en práctica sin hostilidad, aunque era directo en sus condenas a la malicia, la pretensión y la mentira. Había en él una gran parte del muchacho exuberante, aún en sus años maduros, y también mucho del poeta.

Recuerdo un incidente interesante que refleja las cualidades de Smiley como persona. Cuando Smiley aún era un recién llegado, una vez le pregunté a A. A. Brill qué pensaba de él. Brill me respondió que en un primer momento tuvo sus reservas. Smiley estaba tratando a un joven esquizofrénico a quien Brill consideraba inadecuado para una terapia individual. ¿Lo estaba haciendo por razones financieras? Luego, Brill descubrió que Smiley estaba tratando al muchacho sin cobrar. Su razón era ver qué podía hacer con el joven, aparentemente desahuciado.

Otro incidente resulta de interés. Por la época de la citada experiencia, se me pidió que tratara a una joven, que era una persona interesante y culta, miembro de una distinguida familia. Pensé que era mejor no hacerme cargo de su tratamiento, porque yo estaba muy íntimamente ligado a algunos viejos miembros de su familia. La derivé en cambio a Smiley, quien asumió su terapia con excelentes resultados. El objeto de este relato es señalar que Smiley, en ese momento, no tenía pacientes, y el que yo le envié, si no el primero, se encontraba entre los primeros que tenía en la ciudad. Por supuesto, yo no lo sabía cuando le mandé el caso, pero Smiley imaginó mi acción como de gran consideración, y periódicamente, y en forma embarazosa, me abrumaba con inmerecida gratitud. ¡Era sin duda un alma muy generosa!

Las relaciones de Smiley con el Reverendo Norman Vincent Peale, sus estudios conjuntos con Margaret Blanton sobre las “curas mi-

lagrosas” en Lourdes, su constante interés por la poesía y la literatura dramática, su gusto por los animales en general y por los pájaros en particular, todas estas son facetas de este individuo único, cuyas notas sobre su análisis con Freud se publican aquí. Estas no contienen revelaciones nuevas o sobrecogedoras, pero ofrecen el placer de ver a un hombre grande y extraordinario a través de los ojos de otro.

Iago Galdston, M. D.

Diario de mi análisis con Freud

Smiley Blanton
Berchtesgaden
Grand Hotel

Setiembre 1º, 1929

Ayer ví (*sic*) al profesor Freud por primera vez, siendo mi cita a las tres. Me sentí muy mortificado por llegar tarde. El conductor de mi taxi, a pesar de haberse asegurado cuando salimos del hotel, demostró no conocer la ubicación de la casa de Freud, y cuando finalmente la encontró eran las tres y veinte.

Yo había desarrollado una cierta ansiedad por el comienzo de mi análisis. Como parte de la resistencia, me había hecho un pequeño tajo en el dedo a la mañana y también sufría de un ataque no muy severo de indigestión, al cual estoy sometido siempre cuando estoy bajo tensión nerviosa o emocional.

Freud vive en una pequeña villa en los bosques de pinos, a más o menos cuatro millas de Berchtesgaden. Me acerqué a la puerta de entrada pero no pude encontrar un timbre o llamador. Sin embargo, la puerta del frente estaba abierta, y golpee tímidamente en el vidrio de la ventana. Después de una espera de dos o tres minutos, oí que alguien se movía en la habitación que estaba frente al vestíbulo. Unos

segundos después, un hombre frágil, bajo, de pelo gris y con barba gris, apareció en el pasillo y se dirigió a mí. Aunque parecía más viejo que en las fotos que había visto reconocí que la figura que se me aproximaba era Freud. Llevaba un cigarro en su mano, y había algo casi apocado en su forma de dirigirse a mí.

“¿El doctor Blanton?”, dijo en voz baja. Su articulación era algo confusa, sin duda debido a las operaciones que había pasado por el cáncer en la mandíbula superior derecha. Cuando respondí afirmativamente, agregó: “Pensé que la cita era para las tres.”

No había irritación en su voz, pero sentí que estaba calibrándome, interrogándose qué clase de persona era y porque lo había hecho esperar. Mientras, me había invitado a pasar a su habitación justo frente al vestíbulo. Expliqué casi sin aliento, cómo el conductor del taxi no había podido encontrar el lugar. Al mismo tiempo, le entregué al profesor la carta que el doctor McCord me había pedido le diera a Freud tan pronto como lo viese.

“Cómo veo que mencionan su nombre”, dijo Freud luego de hacerme una demanda para que me sentara, “leeré la carta”.

Miré la habitación. Era muy sencilla, el piso desnudo salvo un pequeño felpudo. Frente a la ventana había un escritorio. Hacia la derecha del escritorio y contra la pared, había un diván confortable con mantas y un chal o manta de lana suave envuelta en la cabecera. Detrás del diván había una silla de cuero con el respaldo recto.

Después de leer la carta, Freud me hizo un ademán hacia el diván, mientras ponía la silla a la cabecera.

“Usted ha escrito y hablado sobre el análisis”, comenzó en forma interrogante. Me apresuré a decir que no.

“Pero ha leído sobre él”.

“Oh, sí”, repliqué.

“Bueno, ¿cómo se lleva a cabo?”.

Respondí que el paciente se acuesta en el diván, y el analista a su cabecera, y habla libremente todo lo que se le ocurre. Mencioné también que el paciente debiera estar completamente relajado. Sin embargo, a decir verdad, yo estaba mitad sentado, mitad acostado, sobre el diván y más bien tenso.

“Bien, entonces” dijo Freud, “¿por qué no se relaja?”. Me estiré en una posición más confortable.

Mientras Freud leía la carta, fumaba en pequeñas bocanadas, sacándose con frecuencia su cigarro de la boca para apretar los dientes, como si su dentadura postiza le doliera.

Después que me relajé, Freud dijo, “Usted debe preguntarse porque hago tan pocos comentarios, o lo ayudo tan poco.”

Entonces comencé a darle a Freud los pensamientos que estaban en mi mente. Primero hablé sobre la mortificación que sentí por llegar tarde. Después le dije que estaba contento de estar allí, que siempre me había gustado él y disgustado Jung y Adler. Cuando Freud me preguntó por qué, le dije que no sabía muy bien, que sencillamente lo sentía así.

Luego hablé de mis sentimientos de inseguridad “¿Sobre qué?”, pregunto Freud.

“Sobre mi vida en general le contesté”, y luego sugerí que sería mejor que le diera una historia de mi vida pasada. Freud estuvo de acuerdo, y así tracé un breve esbozo de mi vida. Ocasionalmente, Freud interrumpía para preguntarme acerca de algunos de los puntos que surgían. En todo momento, parecía estar muy próximo a lo que yo estaba diciendo. Sentí que estaba interesado, que estaba recibiendo lo que yo le daba. No hubo nada de ese frío distanciamiento que me imaginaba en la actitud que debía tomar un analista.

A medida que seguíamos, la manera simple de Freud me hizo sentir seguro y suelto. Al mismo tiempo, había un distanciamiento que no era repulsivo sino placentero. Hablé hasta que oí un reloj que

daba a las cuatro. Me levanté enseguida, parándome en medio de la frase.

“Siento que la hora haya sido tan corta”, dijo Freud mientras me acompañaba hacia el vestíbulo. Me preguntó si conocía el camino hacia la estación, y le aseguré que sí. Luego dije, “¿Puedo preguntarle cuánto tiempo permanecerá usted aquí?”

“Me voy el 15 de septiembre”, respondió Freud, “pero voy a Berlín por un mes”. Y encogiéndose de hombros agregó, “Usted puede acompañarme, o bien puede esperar hasta que regrese a Viena”.

Le aseguré que lo acompañaría, ya que deseaba trabajar con él lo más posible mientras estaba en Europa. Le di la mano y partí, después de confirmar que nuestra próxima sesión sería el lunes. Freud no trabajaba los domingos.

Las impresiones que surgen de nuestra primera entrevista son, la pequeña estatura de Freud (alrededor de 5'4", diría), su manera suave y casi de desaprobación, la forma en la que lo hace sentir cómodo a uno, que se combina con una distancia que lo deja libre de expresarse. También tuve la impresión de debilidad. Él es algo pelado, su cabeza no es grande, y su frente, aunque alta, no lo es tanto como la mía. Debiera agregar que su dominio del inglés es espléndido, afortunadamente para un americano que casi no sabe alemán.

Setiembre 2, 1929

Hoy llegué a tiempo. Salí en el ómnibus de las 2:15, caminé hasta la casa y esperé en el jardín 29 minutos antes de ir hacia el zaguán donde me senté en una silla durante algunos pocos minutos hasta que vino Freud y me hizo pasar. Su manera era cordial y amistosa, pero distante.

Inmediatamente, me recosté en el diván y Freud se sentó, como antes, a la cabecera.

“Siga como si fuera una nueva hora”, comenzó Freud, “y no la continuación de la última vez”. Comencé diciendo que mi colitis mu-

cosa y mi corte de dedo (me corté el dedo nuevamente esta mañana) se debían a la resistencia.

“Tal vez”, dijo Freud. “Hay muchos motivos. La resistencia quizás sea uno de ellos”. Por supuesto, quiso decir que la resistencia era uno de los motivos que causaron la colitis y la cortadura.

Luego empecé a explicar porque me gustaba él y me disgustaba Jung y Adler. Dije que él era un artista, así como un científico, que no me gustaba Jung por el factor moral que introduce arbitrariamente, y Adler porque obtuvo reputación por hacer lo que yo había hecho en las escuelas de Minneapolis.

“¿Qué ha leído usted de mis trabajos? preguntó Freud.

“Todo lo que se publicó en inglés.”

“No todos fueron traducidos al inglés” comentó. Después preguntó qué había leído de Jung y Adler. Le dije.

A continuación, comencé a darle una pequeña reseña de mi vida y mi práctica.

Freud me interrumpió: “¿Usted preparó esto?”

“Sí”, repliqué.

“Pero”, dijo Freud, “usted no debe preparar lo que va a decir, sino dar libremente lo que le viene a la cabeza. Ese es el método clásico.”

Estuve silencioso durante varios minutos después de lo cual Freud dijo, “Puede usted seguir y decirme lo que había preparado”. Hizo algunas preguntas sobre fechas y no entendió la palabra hasta que la repetí varias veces.

A propósito de algo, Freud me preguntó si tenía hijos. Cuando dije que no, hizo un gesto comprensivo, o tal vez una exclamación. Hablé de mi perro Bobs y de mi afecto por él.

“El sentimiento hacia los perros es el mismo que sentimos hacia los niños; es de la misma calidad”, dijo Freud. “Pero, ¿sabe usted en qué se diferencia?... No hay ambivalencia, ni elemento de hostilidad”.

Advertí que a veces parecía haber cierto elemento hostil, cuando el perro quería salir y yo estaba cansado y no quería.

“Ese sentimiento de hostilidad no es como el que tenemos hacia nuestros hijos”, dijo Freud.

Consentí. Pero aún pienso que Freud no está en lo cierto cuando dice que no sentimos ambivalencia hacia los perros. Ellos exigen cosas, desobedecen y nos defraudan, y de esa manera dan lugar a una cierta hostilidad.

Mencioné en un momento, que no podía recordar nombres. “Ah”, dijo Freud. Traté de recordar el nombre de uno de sus libros que utilizaba en mis clases, diciendo que la escena se desarrollaba en Roma. “Tal vez”, sugirió Freud, “era en Pompeya”. Estaba en lo cierto, y el libro terminó siendo *Gratidia*. Luego hablé del doctor Salmon. En respuesta a alguna afirmación mía, Freud dijo que “se piensa casi universalmente que él se suicidó”.

Hice una pausa, y luego señalé que pensé acerca de mi infancia en los días de otoño como aquellos. Freud se levantó mientras decía, “Entonces tal vez le gustará estar aquí”.

No me di cuenta de qué la hora había terminado; esperaba que sonara el reloj. En realidad, eran las cuatro menos cuatro. Freud me acompañó hasta la puerta, diciendo, “Mañana a la misma hora, entonces”. Repliqué que ello sería muy conveniente, y Freud se apresuró hacia el vestíbulo como si tuviera por entrevistar a otro paciente.

Me sentí un poco deprimido y defraudado. No sé por qué; no se había dicho o hecho nada para deprimirme. Tal vez, era el hecho de saber que pronto debería sumergirme en medio de mis dificultades y debilidades reales. Otra impresión que me llevé, fue la dificultad con que hablaba Freud. Muchas veces no pude entender lo que decía, aun

cuando él lo repetía más de una vez. Quizá esto se deba, en alguna medida, a resistencias de mi parte; quizá me acostumbraré a su voz cuando pase el tiempo.

Debo mencionar que durante la hora señalé que yo no podía ser analizado por alguien que no tuviera erudición y una apreciación acerca de los matices de la vida. Luego le conté a Freud el chiste sobre el hombre que había dado la mano a John L. Sullivan. Freud se mostró divertido.

También hablé de cuánta lástima me da las tortugas de agua dulce cuando debían transportar sus pesados caparazones mientras caminaban.

“Tal vez la tortuga no se sienta tan mal como usted piensa”, dijo Freud.

Hablé de mi escrupulosidad en las comidas y de mi sensibilidad al ruido, agregando que a fuerza de voluntad lo había superado cuando estuve en el ejército. Dije, “Esto muestra lo que uno puede hacer con la fuerza de voluntad cuando trata”.

“Algunas veces”, dijo Freud, a lo que agregué, “Sí, cuando uno compromete al inconciente de su lado”. En esto estuvo de acuerdo Freud.

En el curso de la hora, Freud me preguntó si yo escribía, refiriéndose a cuentos u otro tipo de ficción. (Preguntó esto cuando le conté cómo, en Harvard, trataba de escribir un cuento sobre un muchacho negro a quien los otros muchachos tomaban el pelo.) Repliqué que había tratado, pero que me he dado cuenta de que no era lo bastante bueno. Tal vez, agregué, ese es el motivo por el cual ingresé a la psiquiatría.

Setiembre 3, 1929

Hoy casi llego tarde. Salí, y tuve que correr para llegar a tiempo. Apenas lo logré por un minuto.

Freud me encontró en el vestíbulo y con su manera usual de distancia, me señaló la silla para que pusiera mi sombrero y bastón. Entramos, él —como siempre— haciéndome el ademán para que pasara primero. Inmediatamente me recosté, pidiendo disculpas por mis zapatos polvorientos. Soslayando mi disculpa, Freud me preguntó si había preparado algo. Le contesté que no; me dí (*sic*) cuenta que tenía una tendencia a hacerlo, pero aparté la idea resueltamente de mi cabeza.

Hablé de mi prejuicio hacia los alemanes y sobre la cantidad enorme de odio que había en el mundo. También me lamenté por el hecho de que me había dejado llevar por todas las mentiras sobre los alemanes. Freud comentó que había muchos otros que hacían lo mismo. Hablé tan rápidamente en este punto, que Freud me detuvo y me pidió que hablara en voz más baja y más despacio. Dijo que le resultaba difícil entenderme cuando hablaba tan rápidamente.

Luego hablé de Margaret y de nuestra desgracia por no tener hijos. Freud pareció muy interesado en mi descripción de Margaret e hizo varias preguntas. Hice mención de la teoría de ella según la cual el orgasmo femenino no era la cuestión definitiva que se describía generalmente. Freud señaló que lo que ella pensaba es lo que generalmente se escribía. Dije que no era el caso respecto de los libros que leíamos, que no eran los corrientes.

Hablé del análisis de Margaret que había comenzado con Clara Thompson. Freud inmediatamente me pidió que le repitiera el nombre, diciendo que no la conocía. Dije que Clara había sido analizada por Ferenczi. “Ah”, dijo Freud en tono de satisfacción.

En ese momento, terminó la hora. Freud se levantó y dijo, “Fue mucho mejor. Estuvo más libre que antes”, y se inclinó hacia la salida.

Setiembre 4, 1929

Una hora muy interesante con Freud la de hoy. Todavía sufría de colitis. No había almorzado y he estado muy cansado. Freud estuvo

especialmente amable. Creo que le gusto y me encuentra interesante. En verdad, lo dijo —“es muy interesante” — cuando terminé hoy. Había hablado de dinero y de mis asuntos financieros, diciendo que tenía \$ 20.000.

“Cuando yo tenía su edad”, dijo Freud, “no tenía tanto”.

Le pregunté a Freud si Margaret, que había ahorrado mil dólares podía encontrar un analista por un honorario de cinco a diez dólares por hora. Dijo que sería suficiente.

Hablé de la situación en Vassar, agregando que no me iba a quedar allí pero que proyectaba ir a practicar a la ciudad de Nueva York. Le expliqué que no quería someterme en particular al estrecho programa de ese colegio de mujeres. Freud hizo una exclamación; no fue exactamente una palabra; pero expresó su acuerdo con mi decisión.

Cuando señalé que no tenía ninguna duda acerca de mi progreso, Freud dijo, “Me han sorprendido sus frecuentes cambios. Me hubiera inclinado a pensar que con su sentimiento de inseguridad usted permanecería en un lugar”.

Hablé de los médicos que hacían dinero sin dar algo adecuado en cambio, y me pregunté sobre la situación entre H. y el Dr. Q. Freud me ayudó a pronunciar el nombre de Q. correctamente. Entonces dijo, “¿Sabe usted cómo lo hace?”. Esperé. “Él comete sus indiscreciones cuando está en su fase maniaca, y en sus fases depresivas trata a sus pacientes. Pero”, prosiguió, “sufre por ello en sus depresiones”.

El reloj dio a las cuatro y me levanté, aunque nuevamente eran en realidad las cuatro menos cinco. “Como usted quiera”, dijo Freud, extendiendo su mano, y luego agregó, “Eso es muy interesante. Debe usted ser paciente. Llegaremos a estratos más profundos, y entonces no estaré tan silencioso, daré más de mí”.

Olvidé decir que hablé de mi cabeza pelada, haciendo el comentario de que estaba pelado a los 21 años, pero que no me importaba porque tenía una cabeza bien formada. “Sí”, dijo Freud, “me he dado cuenta”.

Cuando empecé a hablar de mis asuntos de dinero, Freud señaló que este era el “aspecto anal”. Confesé que me sentía algo incómodo al hablar de esto porque temía que influyera sobre sus honorarios.

“No debe usted dejar que su aspecto crítico interfiera lo que le viene a la cabeza”, advirtió.

Dije algo sobre lo afortunado que era por poder estar con él, a lo cual él replicó, “el Dr. Amsden escribió tan bien sobre usted, que me alegró tenerlo”. Aquí apunté que había hecho muchos sacrificios para llegar hasta allí. “Lo sé”, dijo Freud, “y espero que usted sea recompensado por su sacrificio”.

Luego hablé de mi deseo por una escuela donde se entrenaran niños superiores, con un cuerpo de maestros que estuvieran todos analizados. Freud dijo, “eso sería muy importante”. Agregó algo más, a los efectos de que la idea era buena y que tal escuela sería útil.

Cuando hablé nuevamente de mi colitis, Freud dijo que tal vez fuera causada por el calor. *Ni una vez sugirió que se debía a la resistencia*³.

Setiembre 5, 1929

Mostré gran resistencia hoy al hablar sobre cosas superficiales. Freud parecía algo aburrido. Tal vez esta no es la palabra justa. De todas maneras, no estaba satisfecho.

3 Smiley y yo estábamos en análisis al mismo tiempo. Algunas veces el camino era muy largo y arduo. Ambos éramos lo que podría llamarse hipersensibles o en lenguaje vulgar, peleadores.

Un día dijo algo que me enojó, y arremetí con el peor insulto que pude pensar: “Debes estar en un estado de transferencia negativa”. Y agregué, “¡apuesto a que no le repetirías esta conversación al profesor!”. Se tranquilizó por un momento y luego dijo, “Tú sólo demuestras lo poco que sabes. No tienes que decirle a él cuál es tu estado de resistencia. En realidad, él dice que tanto las transferencias negativas como positivas son parte del proceso analítico y no tienen por qué ser temidas. Que están allí para ser superadas”. – M. G. B.

Me estaba criticando a mí mismo por ser un niño. Freud dijo, “¿usted sabe cuál es una de las maneras fundamentales en que aparece la resistencia?... En culparse y criticarse”.

Hacia el final de la hora, Freud dijo, “¿Puedo hacerle una pregunta indiscreta: ¿cómo duerme a la noche?” Respondí que dormía mal, despertándome cada dos horas a lo largo de la noche.

“¿Sueña?”

“Sí, frecuentemente. Tuve un sueño anoche”.

“¿Por qué no lo contó?”.

“Porque quería esperar hasta que pudiera escribirlo en cuanto me despertara”, respondí.

“Pero usted no debe hacer eso”, dijo Freud. “Escribir el sueño aumenta la resistencia, de manera que a menudo, se hace imposible analizarlo. No. No escriba el sueño. Si la resistencia se lo lleva, déjelo”.

Comencé a recordar un sueño que había tenido tiempo atrás, pero él me detuvo.

“Debemos ver sueños recientes, los que haya tenido la noche anterior”, dijo. “Pero guardaremos éste que tuvo anoche y lo usaremos mañana si no tuvo otro”.

Quise darle un esbozo del sueño, pero dijo que era muy tarde para comenzar, que la hora había terminado.

Mientras me iba, puso su mano en mi hombro y dijo, “¡Para un analista, no contar sus sueños constituye una buena dosis de resistencia!”

Durante la hora hablé de mi dolor al ver el sufrimiento y la pobreza en Londres. “¿Qué pensará de la pobreza en Viena!” intervino Freud. Dije que mi sentimiento era muy parecido al que había tenido

cuando sentía lástima por el chico con el mentón desviado que había visto en el colegio cuando tenía seis años. Entonces señalé que tal vez mi sentimiento se debía a una sobrecompensación por un sadismo. “Pero”, agregué, “supongo que debe haber sentimientos fundamentales o compasiones que no son causadas por compensaciones”.

“Sí, por supuesto”, dijo Freud.

Freud tiene una forma de hacer un cierto tipo de sonido en su garganta —una especie de gruñido o exclamación— para indicar que está de acuerdo o que comparte lo que uno dice, sin hablar tanto como para interrumpir el desarrollo.

Casi me olvido de señalar que Freud dijo, “Si usted está estudiando sus propios sueños, debe escribirlos. Pero no es lo que sus pacientes deben hacer. Yo hacía que mis pacientes escribieran sus sueños, pero estoy seguro de que no es el plan más inteligente”.

Septiembre 6, 1929

Tuve una sesión muy interesante hoy. En medio del análisis de mi sueño, Freud preguntó, “¿Usted sabe por qué tiene tanta resistencia?”.

“No, a menos que el sueño tenga alguna vinculación con mi vida sexual”, repliqué.

“No, probablemente está vinculado con su análisis”, dijo Freud. “He observado que el automóvil, en los sueños, a menudo significa el análisis. No estoy seguro, pero parece que esto podría ser así. Y el hombre que conduce podría ser yo.”

Dije que quizá podría ser así, pero que me resultaba difícil creer que consideraba Freud bajo una luz tan desfavorable, aún en mi inconsciente.

“¿Por qué no?” se opuso Freud.

Sugerí que la asociación podría significar que temía ser engañado en mi análisis y no obtener lo que había venido a buscar. Freud contestó que probablemente era así.

Mientras me iba, Freud recalcó, “usted ve cuánto más interesante resulta cuando asocia con sus sueños”.

Nuevamente, me siento impresionado por la manera suave y suelta de Freud. No apremia. No hace afirmaciones enfáticas a menudo. Cuando lo hace, es en una forma nada autoritaria. Me siento cómodo con él.

Septiembre 7, 1929

Este es mi octavo día con Freud.

Mientras analizaba mis sueños, comencé a dar los motivos de mis acciones que surgían de las asociaciones.

Freud me detuvo. “No me dé las razones”, dijo. “Saldrán con el tiempo. Cuando una persona me dice algo, no trato de pensar en los motivos. Sé que las razones aparecerán con el tiempo. Hay un dicho que creo viene de Oliver Cromwell: “Nunca se llega tan alto como cuando no se sabe dónde se va. Así es en análisis”.

Hablé de algo que había hecho, y dije que se vería mal si lo contara sin las circunstancias que lo rodearon.

Freud replicó, “Es el hecho el que importa, ¿no es así?”.

Septiembre 9, 1929

El sábado tuve mucha resistencia y no llegué muy lejos.

“La manera de tratar la resistencia”, dijo Freud, “es dejarla crecer hasta que se derrota a sí misma. Hoy, ha sido absolutamente estéril”.

Pero a fin de darme ánimos, dijo mientras me iba, “lleva tiempo desarrollar la actitud correcta y superar la resistencia. Pero estoy seguro que usted será una gran ayuda para superarla”.

En un momento durante la hora, Freud me preguntó si los judíos no eran ubicados en la misma categoría que los negros. Dije que no me había encontrado con esta comparación. Freud dijo, “yo con frecuencia”.

Setiembre 10, 1929

Le mostré a Freud una noticia del N. Y. Herald sobre Adler que iba a la Universidad de Columbia a enseñar este invierno. Freud comentó que la foto no era parecida a Adler.

Hablé de mi desagrado por Adler. “Bien”, dijo Freud, “usted debe investigar si su desagrado por Adler está fundamentado en una sólida base científica o en un terreno más personal”.

Dije que Emerson muchos años atrás había escrito sobre la compensación y que Adler no había agregado nada a su conocimiento sobre el comportamiento.

“Si un hombre toma una vieja idea”, dijo Freud, “y la desarrolla y la hace grandiosa, eso vale”. Más tarde señaló, “¿sabe usted por qué Adler tiene éxito en América?... Es porque está capitalizando la oposición al análisis. En el caso de Jung, es otra cuestión”.

Observé que el último libro de Jung estaba lleno de misticismo.

“Sí, Jung cree todo eso sobre espíritus”, dijo Freud.

Le dije a Freud que creía que pensaba que el análisis se divulgaría ampliamente en América en los próximos diez años. “no”, respondió, “creo que tardará veinte o treinta años — una generación pienso”. Yo puse mis objeciones.

Freud dijo algo acerca de lo ansiosa que estaba América por adoptar novedades como el método de Coué, o como la doctrina de Adler.

Dije que W. F., con sus análisis aguachentos, estaba perjudicando al movimiento.

“Siempre tendremos ese tipo de hombre”, dijo Freud.

Dije que creía que el movimiento crecería más rápidamente de lo que él, Freud, creía; que tenía fe.

Freud replicó, “usted debiera tenerla, es mucho más joven”. Tuve tres sueños. Freud me pidió que los contara todos, y comentó, “usted ha disminuido sus sueños de siete a tres”.

Asocié, a su pregunta, con el primer sueño. Era acerca de mi miedo por el análisis. Al final de la hora, Freud dijo, “usted ve, un sueño es suficiente para la hora”.

Estoy impresionado por la poca ayuda que da Freud. A menudo, no dice nada por 10 o 15 minutos. Es un problema de crecimiento, y debo continuar y elaborarlo lo mejor que pueda.

Septiembre 16, 1929

No tuve oportunidad de escribir mis notas sobre el encuentro del viernes con Freud.

Hoy tuve una sesión muy interesante. Freud habló la mayor parte de la hora, o al menos la mitad. Después de que yo había hecho las asociaciones con ciertos números del sueño del viernes, Freud dijo:

“Existe esta regla en el análisis: *El analista nunca debe molestarse en encontrar el significado exacto del paciente.* No debe preocuparse por esto. Sólo debe ayudar al paciente a superar sus resistencias, y el paciente eventualmente va a encontrar el significado. Si el analista fuerza al paciente a encontrar el significado, o si el analista trata de ayudar al paciente, incrementa la resistencia del paciente”.

Tenía cierta renuencia a mencionar algunas de las asociaciones inconscientes y comencé a poner excusas.

Freud me interrumpió diciendo, “¿puedo darle lo que creo que es una regla del análisis?”. Entonces repitió la advertencia acerca de darle un libre predominio al inconsciente, sin reservas. “Usted no es responsable de su inconsciente”, dijo. “Pero mientras hace salir el material, no debe tener ningún juicio moral sobre él”.

“El inconsciente”, continuó, “debe tener su día en el tribunal junto con el pensamiento consciente. Solo cuando ambos se han expresado, uno es capaz de hacer sus juicios acerca de qué quiere hacer. Y es solamente cuando se ha dejado la autocrítica de lado, cuando no le importa qué piensa el analista, que se puede entrar en la profundidad del inconsciente. La autocrítica es una forma de la inhibición. Y las justificaciones por lo inconsciente pueden conducir a la inseguridad. Porque sólo hay un paso entre justificar el material del inconsciente, y estar inseguro para contar lo que está en el inconsciente”.⁴

4 Desde mediados de setiembre a cerca de fines de octubre, Freud permaneció en el sanatorio psicoanalítico del doctor Ernst Simmel en Tegel, en las afueras de Berlín, mientras su cirujano reparaba la prótesis que había provocado tanta incomodidad a Freud. Aunque Smiley, tal como lo planeaba, siguió al profesor a Berlín, no se encontraron notas sobre este período, y la próxima entrevista aparece después del regreso a Viena.

La única referencia escrita de este intervalo, fue una breve notación que hice de mi primer encuentro con Freud, que tuvo lugar en ese entonces. Fui a Berlín con Smiley, y una tarde calurosa de setiembre lo acompañé a Tegel para la cita con el profesor. Nunca fui paciente de Freud ya que —como lo señalé previamente— él aceptaba solamente a aquellos que proyectaban convertirse en analistas. Fui a la entrevista, simplemente como esposa de Smiley, y nuestro encuentro duró cerca de cinco minutos.

Con sencilla franqueza, este hombrecito frágil, de apariencia débil, me hizo sentir que los cinco minutos serían un encuentro entre dos seres humanos igualmente importantes (o sin importancia). No tomé nota de nuestra conversación, pero recuerdo cómo Freud pasó sin detenerse sobre la apariencia desprolija producida por mi caminata polvorienta hacia el sanatorio, vio el rostro por debajo, y también, me atrevo a decir, vio a través de él. Si yo hubiera entrado con alguna idea de disimular, tendría que haberla desechado, ya que me pareció que él —más que nadie que haya conocido antes— llegaba a la verdad rápidamente. Por cierto, después que salí de la habitación, tomé conciencia del sentimiento de haber estado en presencia de un hombre de gran magnitud. Esa reacción no siempre surge de un primer contacto con la grandeza. — M. G. B.